

art buchwald

ARMAS Y CONTRAARMAS

WASHINGTON.—Yo sé que no busca hacerlo intencionalmente, pero cada vez que el secretario de Defensa, Melvin Laird, abre su boca, me atemoriza. Para obtener apoyo para el programa de proyectiles antiproyectiles dirigidos, Laird ha lanzado más amenazas de proyectiles soviéticos contra nosotros, que todos los anteriores secretarios de Defensa juntos.

Se nos ha dicho que si no construimos el sistema de defensa en discusión para proteger a nuestros proyectiles «Minutemen», los rusos podrán destruirlos con sus «proyectiles de múltiple reingreso», que han diseñado como un arma especial de «primer ataque» como respuesta a nuestros proyectiles de reingreso múltiple independientemente dirigidos. Estos proyectiles llevan series de cargas nucleares comparables a los modelos anteriores, que sólo podía dispararse uno a la vez.

Ustedes pensarán que los mencionados proyectiles son la última palabra en nuestro arsenal, pero no es ese el caso: inician una nueva generación de armas nucleares y sería mejor que nos preparásemos para ella.

Tengo un amigo en el Pentágono que dijo: «El "Mirv" —que es el proyectil en cuestión— no es nada comparado con lo que estamos diseñando. Debiera ver usted el "Irving"».

—¿Y qué es eso?

—Es un grupo de proyectiles nucleares de reingreso intercontinentales. No sólo tiene series de proyectiles, sino que estos reproducen una nueva generación de proyectiles mientras van por el aire.

—Cielos —exclamé— eso nos da, desde luego, paridad con los rusos.

—Así sería si no fuese porque sabemos que ellos están trabajando en el «Ivan».

—¿Y qué es el «Ivan»?

—Un proyectil independiente, diseñado para contrarrestar nuestro «Irving», con series de cabezas nucleares de hidrógeno, que pueden explotar dentro de una distancia de doscientas millas de un «Irving».

—Desde luego, y necesitamos algo para contrarrestarlo...

—Ya lo tenemos, gracias al «Bernie».

—¿Qué es el «Bernie»?

—Un evaporador nuclear balístico de reingreso, con diez mil cohetes que, al ser encendidos por una serie de «Irving», puede atacar cualquier capital del mundo.

—Muy bueno; estoy seguro de que los rusos se andarán con cuidado, ahora que tenemos el «Bernie».

—Ellos saben eso y nosotros sabemos que para 1987 su respuesta será el «Misha», el atomizador múltiple intercontinental supersónico. Se dispara hacia abajo y no hacia arriba y cuando cae en tierra estalla y destruye el mundo entero.

—Entonces ellos poseen el artefacto final.

—Así sería si no estuviéramos trabajando nosotros en el «Morty».

—Ya sé que eso significa algo múltiple...

—Está equivocado. Significa oscilador megatónico de reingreso. Se dispara a través de un dispositivo oculto para aprovechar la basura, y en veinte minutos produce una nueva que puede cubrir no sólo la tierra, sino todo el universo...

—Aún así —dijo mi amigo— deberíamos seguir avanzando. Como verá, mientras nosotros charlamos, los rusos trabajan en los preparativos del «Sasch» ¿Quiere saber en que consiste?

—Será mejor que me lo cuente mañana...

(Copyright 1969, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service, Inc.—Agencia Zardoya.)

lidad al minuto y cuya misión primordial es reproducirla para un gran número de lectores.

Buen periodista, Antonio Alferez nos relata, con la urgencia que exigen hechos tan trascendentales como la llegada del hombre a la Luna (y estamos hablando en un tono objetivo, friamente histórico, porque el hecho merecería, aunque nunca lo haré, un comentario muy distinto, casi opuesto, a los habituales, lo cual, por otra parte, no afecta en absoluto al contenido del

libro que hoy glosamos con la brevedad que el espacio nos impone), sirviéndose de una completísima información, perfectamente ordenada. La obra de Antonio Alferez logrará un impacto seguro sobre un amplísimo sector del público. Alferez ha sido, en efecto, el primero en narrar en un volumen certeramente organizado, la aventura de los astronautas que «desembarcaron» en el mar de la Tranquilidad. Este mérito nadie podrá discutirlo. ■ E. G. R.

Japón ignorado PRESENCIA DE KOBAYASHI



Los primeros años cincuenta parecieron marcar la posibilidad de que una de las cinematografías más importantes del mundo, la japonesa, lograra al fin abrirse camino en los mercados occidentales. En efecto, el éxito en Venecia primero de «Rashomon», y en Cannes después de «La puerta del infierno» hizo posible que, a su amparo, se creara un cierto snobismo en torno al cine japonés que, desgraciadamente, no duró ni siquiera como tal. En España, concretamente, aparte los dos films citados, sólo media docena de obras importantes han llegado a las pantallas comerciales. El gran Mizoguchi sigue inédito, y si Kurosawa ha tenido mejor suerte —cuatro films suyos se han estrenado públicamente—, hay que decir que la parte de su obra presentada no es la mejor ni la más significativa. Shindo, Ichikawa han visto cada uno una de sus películas estrenada. Pero para un público medio el cine japonés se limita a Inoshiro Honda, el autor de la serie de monstruos de cartón-piedra encabezados por Godzilla...

No obstante, como queda dicho, el cine nipón es uno de los más importantes del mundo no sólo en calidad, sino también en volumen de producción. Si entre los autores inéditos en España se ha citado a Mizoguchi, es por ser el más conocido en Europa, aparte uno de los más prolíficos, pero al mismo título habría que lamentar la ausencia de nuestras carteleras de un Ozu, un Teshigahara o un Naruse, por no hablar de los más jóvenes, como Hani u Oshima. Por contrapartida, un realizador no demasiado prolífico como lo es Kobayashi es relativamente bien conocido del público español. Ahora acaba de estrenarse su antecedido film, «Rebelión», que es el tercero suyo que llega a nuestras pantallas, después de «Harakiri» y «Kwaidan». Kobayashi puede situarse en la generación intermedia, si no por edad —nació en 1916—, si por postura ideológica y estética. Menos sereno que Mizoguchi, menos agresivo que Oshima

o Hani, Kobayashi es una especie de «clásico revolucionario» —valga lo que en el término pueda haber de paradójico—, cuya obra maestra entre las tres proyectadas en nuestro país sigue siendo «Harakiri». Con anterioridad, Kobayashi había realizado, desde 1954, varios films, el más importante de los cuales era «La condición humana», un inmenso fresco de casi diez horas de duración. Preocupado especialmente por los problemas planteados al hombre de su tiempo, aunque en más de una ocasión se valiera para expresarlos de transposiciones históricas, Kobayashi haría, entre «Harakiri» y «Rebelión», una escapada al cine fantástico con «Kwaidan», adaptación de una serie de relatos de Lafcadio Hearn, realizada con no excesiva fortuna, producto un tanto de exportación y prestigio, hecho de cara a los Festivales y al mercado occidental.

Si en «Harakiri» se trataba de un auténtico film histórico, en el que la localización de la acción en una época remota servía para aguzar aristas en lugar de limarlas, para marcar con mayor fuerza unas contradicciones que no han sido superadas pese al paso de los siglos, en «Rebelión», de título más ambicioso y generalizador, el problema se construye a un caso mucho más individual y los criterios empleados para afrontarlo son más de orden moral que de orden histórico. Incluso estéticamente, pese a un planteamiento exterior muy similar e incluso en ocasiones mimético, se produce una distancia entre ambas películas, y la violencia interior de todas y cada una de las imágenes de «Harakiri» no existe más que en dosis reducidas en las de «Rebelión». Lo cual, evidentemente, no es óbice para que se trate de un film que ofrece un indudable interés no sólo en cuanto que es un elemento más de conocimiento del cine japonés y, en concreto, de la obra de Kobayashi, sino en tanto que film en sí. Ahora bien, es preciso evitar cualquier tipo de entusiasmo en el que pueda contar la admiración papanatesca ante

el producto exótico, que, en último término, viene a ser una manifestación de racismo, comparable, en lo que tiene de paternalista, al ejercicio a sensu contrario por quienes, distribui-

dores o público, niegan su asistencia a un film por el hecho de proceder de latitudes muy lejanas, de estar concebido e interpretado por personas «de otra raza». ■ C. S. F.

MARCUSE

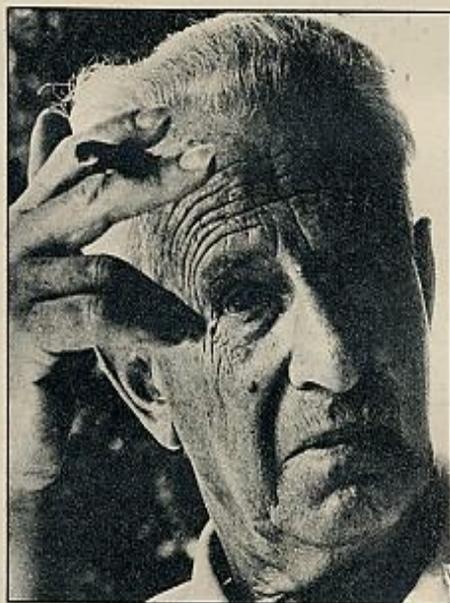
Juicio sobre el Living Theatre

En el que creo último libro del famoso profesor norteamericano, que se ha publicado en Francia con el título de «Vers la liberation», aparece un interesante y desencantado juicio sobre el Living Theatre de Nueva York. Interesante porque supone la reiteración, ahora dentro de un estudio fundamentalmente sociopolítico, de un principio teatral a menudo enunciado aisladamente. Desencantado porque Marcuse se pregunta si el Living no habrá fracasado como teatro «abierto», como investigación no limitada a un sector de fieles.

El problema, con ser teatral, lo es también de toda la cultura moderna, quizá porque ahora se evidencia más que nunca la contradicción de un arte de «lo sabido», de una política de la repetición, de un progreso de lo inmóvil, o de un diálogo de principios. Si, por ejemplo, examinamos la abrumadora mayoría del teatro español de nuestro siglo, veremos que todo el tiende a confirmar una serie de ideas previamente aceptadas por el espectador. El autor es el simple encargado de «embellecer» un sistema de ideas que comparte con el público. A cada ideología más o menos reconocida corresponde un grupo de obras. Cada «sector» elige «su» autor, seguro de que

ción ilustrativa o edificante, que ni siquiera cabría calificar de «didáctica», dado que en la raíz de este concepto está «enseñar al alumno lo que ignora» y en este teatro de lo «ya sabido» sólo queda al autor probar al público que domina la materia. Críticos y espectadores alteran así su posición lógica, y en vez de ver y escuchar, de intentar integrar lo que se les propone desde el escenario, afilan inmediatamente el lápiz de calificar y se dedican, apenas alzado el telón, a puntuar al autor, al director y a los actores.

Esto no quiere decir que autores y espectadores deban citarse en el vacío. No. Es, precisamente, fundamental que cada uno aporte, lo más sensibilizadamente posible, su mundo. Ahora bien, lo que sí parece necesario es que sea una cita lo más abierta y desprejuiciada posible, en la que se renuncie a someter a los propios esquemas, recortando si hace falta, lo que la obra nos propone. Extremo éste que, en teoría, no parece muy difícil —hasta suena escolar—, pero que, en la práctica, se enfrenta con nuestra profunda tendencia proselitista, con nuestra mitomanía, con la búsqueda estúpida y desesperada de unos pocos principios en los que descansar hasta la muerte.



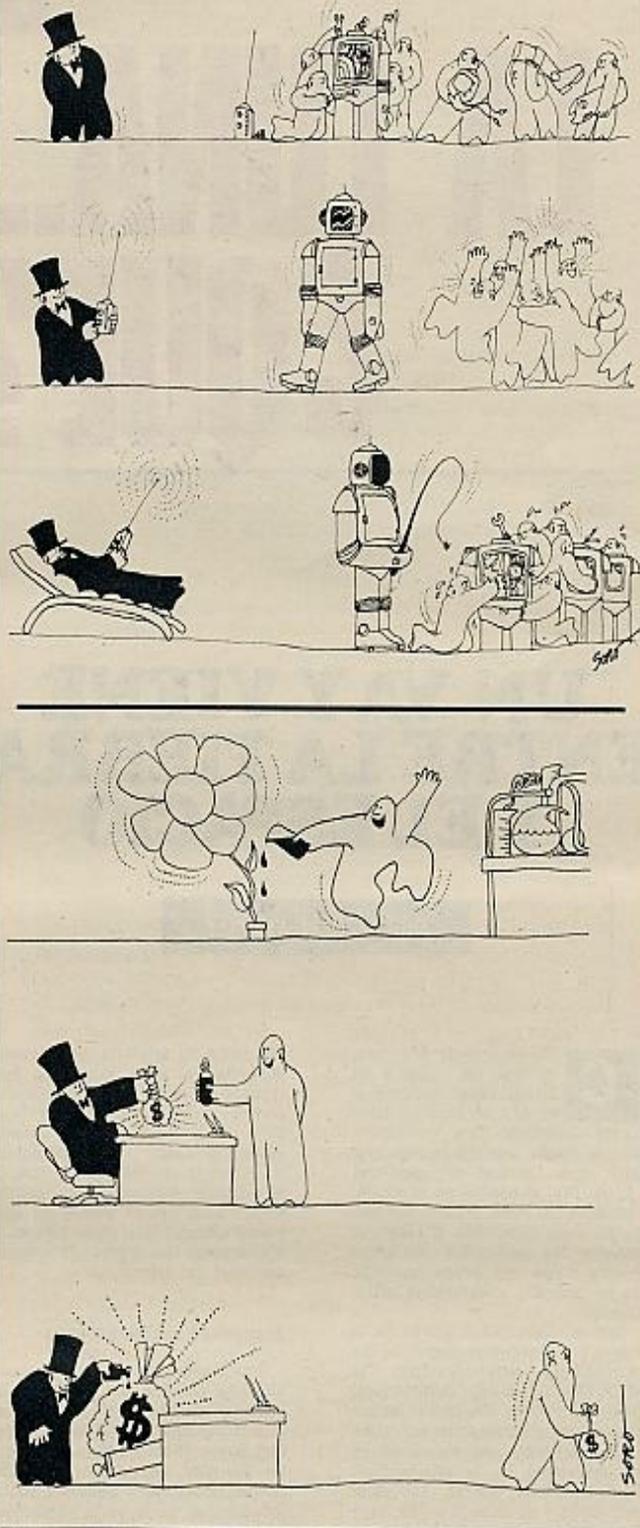
encontrará en él la magnificación de sus opiniones, la prueba irrefutable de que está en posesión de la verdad.

Como digo, esta imagen del teatro es el resultado de una configuración general de la cultura, y, a su vez, el origen de una serie de juicios teatrales. Dejemos el primer extremo y vayamos al segundo, más asentado en la que pudieramos calificar de zona específicamente teatral.

Si consideramos —o determinamos que sea así— al teatro como la expresión de signos «confirmadores» de lo ya sabido, prácticamente lo privamos de todas sus posibilidades, como arte y como instrumento de renovación social, reduciéndolo a una fun-

La referencia de Marcuse al Living es muy significativa. Beck y Malina protagonizarían, sin ninguna duda, uno de los más hermosos esfuerzos del teatro moderno por abandonar «lo sabido», para entregarse a una investigación permanente de lo «entrevisto», de lo que «llega». Sin embargo, esa incapacidad cultural del hombre moderno para la aventura, para la renovación y la búsqueda, habría, al mismo tiempo, determinado una inmovilizadora sacralización del Living. Quiriendo «poner en cuestión» al mundo, los de Nueva York estarían condenados a trabajar para unos públicos totalmente ganados de antemano. ■ J. M.

MASSIUS



COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, César Santos Fontenla. FOTOS: Europa Press, Cifra, Marull y Archivo.